

El Tropiezo de la Cruz

(L-I)



«Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gálatas 6. 14a). No se puede tener la gloria de la cruz sin sufrir la agonía de ella. En la cruz se da a conocer el corazón de Dios. Es por esta razón, que Satanás trata de apartarla de Cristo y de la iglesia de Este. Por lo tanto, se torna trascendental entender el «tropiezo» de ella. Los propósitos de Dios siempre tropiezan con los de la cultura. ¡Si uno no entiende el «tropiezo» de la cruz, entonces no ha entendido el evangelio! ¡No entender este aspecto de él, equivale a no entender nada de él!. Dios lo dijo todo en la cruz. ¿Qué más pudo haber dicho? El Lema de la cruz es demasiado importante para dejarlo exclusivamente a los teólogos.

La cruz hace que vibren sermones, iglesias, cánticos, libros, obras de arte y conversaciones diarias. ¿Cómo es posible, entonces, que haya tropiezo alguno en ella? Se oye hablar del «niño Jesús», de «¡un hombre indefenso que muere en una cruz!». Al que se le considera «inofensivo». Tratan el relato de la cruz como si fuera un cuento de hadas de carácter sentimental. Las prédicas que más gustan, son las que evitan la violencia, la sangre y la crueldad que son inherentes a la cruz; son prédicas que han quitado el dolor de la cruz y la han vuelto ineficaz.

Hoy no existe nadie que haya visto una crucifixión. No hay palabras para describir cuán degradante era. Nadie puede entender plenamente la agonía de la cruz. Diseñamos la arquitectura de las iglesias, usando la cruz, pero sin estimar el costo de vivir por Cristo. La cruz no es un ídolo; no es una «histeria religiosa». Los hombres glorifican la cruz antes que al Cristo de la cruz. La cruz no es sentimentalismo carente de sentido; es un evento histórico, y es crudamente real.

Amamos la vida, pero la cruz es muerte. Deseamos la victoria, pero la cruz es derrota. Deseamos la paz, pero la cruz es guerra. Amamos la hermosura, pero la cruz es horrible. La cruz se opone diametralmente a los deseos de la humanidad. Los críticos protestan, diciendo: «¡Cómo se atreve Dios a ser Dios!». Sin embargo, ¡Él lo es!

Jesús dijo muy seriamente a Sus discípulos, que El sería motivo de tropiezo para la gente (Mateo 16.16—23; 26.31—35; Marcos 8.27—33; Juan 6.60—61). Cristo incluso usó una palabra que significa «escandalizarse» (1), cuando dijo que Sus seguidores tropezarían (Marcos 14.27—31). Es muy difícil que los creyentes vean hoy el tropiezo de la cruz. También fue difícil para los de aquel tiempo.

(1) La palabra griega para «escandalizarse» es skandalizo, y significa recaer

¿Quién iba a aceptar como Salvador a un delincuente común que había sido crucificado? En la sociedad romana culta, la palabra «cruz» era una obscenidad y no debía pronunciarse. Ella llegó a ser demasiado para Pedro, razón por la cual trató de proteger a Jesús. Le afectó bastante. Jesús respondió inmediatamente a Pedro, identificándolo con Satanás! (Mateo 16.23). ¡No nos gusta que Jesús haga el papel de Jesús! No obstante, este era el campo de batalla de Jesús.

Él sudó sangre en Getsemaní, cuando trató de evitar la cruz (Lucas 22.40-44). La gente puede poner a raya a sus enemigos, pero no puede hacer lo mismo con los amigos. Jesús tuvo que responder rápida y firmemente. Pedro también conocía las Escrituras. El madero (la cruz) era una maldición (Deuteronomio 2 1.23; Hechos 5.30; Gálatas 3.13).

Pablo no se avergonzaba del evangelio (Romanos 1.16- 17). ¿Nos avergonzamos nosotros? La tentación de quitar o de reducir el impacto de la cruz, siempre está allí. Pablo habló del «tropiezo de la cruz» en Gálatas 5.11. También presentó a Cristo como «piedra de tropiezo» (Romanos 9.31-33). Presentó la cruz como un tropezadero para los judíos y como locura para los gentiles (1ª Corintios 1 .17-25).

La marca de puntuación que le da Dios a la historia, tiene forma de cruz. Uno no entiende a Jesús sino hasta que entiende la cruz. En la cruz Dios mostró que era mejor hacer salir bien del mal, que no permitir el mal del todo. ¡Si la cruz no importara, entonces nada importaría!

En la tierra no hay nada tan controversial, ni que haga tropezar tanto, ni que divida tanto, que la cruz. ¡Nadie hizo enojar alguna vez a la gente como Jesús la hizo enojar!

La cruz hace tropezar porque es Dios, no el hombre que está en lo correcto.

- 1) Dios está en lo correcto porque nuestro problema es el pecado.
- 2) Dios está en lo correcto porque la única respuesta al pecado es la ¡“cruz”!

Los pecadores están perdidos, condenados y destinados al infierno. Esto nos hace tropezar. El hombre no puede reconocer que está tan perdido que necesita salvación. Los pecadores no desean saber de su culpa, ni que se les recuerde de ella. A los predicadores se les recuerda constantemente abstenerse de declarar que los pecadores son «pecadores». Debe de ser porque este discurso contradice lo que pensamos en nuestros corazones llenos de orgullo, egoísmo y obstinación. Sin embargo, fue por los impíos, por los pecadores, que Cristo murió (Romanos 5.6-8). ¡Yo reúno los requisitos para ser uno de ellos!

Lo cruz hace tropezar porque los pecadores no merecen la salvación, y no pueden ganarla ni comprarla. ¡Vemos aquí el tropiezo de la gracia! Jesús la pagó en su totalidad. La gracia no es licencia para pecar; no exime a los pecadores de responsabilidad. Lo que la justicia exigía, la gracia suministró. Jesús es el

«Cordero de Dios» (Juan 1.29, 36). El no solo fue desechado por los hombres (Juan 1.1 0-11), sino que también desamparado por Dios (Mateo 27.46). La condición del hombre pecador sin Jesús es de completa indefensión! Sin la cruz, no puede haber corona. El hombre no puede imaginar ni explicar la cruz, solo puede creer humildemente. Esto hace tropezar.

Jesús dijo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14.6). Esta aseveración es inflexible, cerrada, excluyente, intolerante y sentenciosa - pero es la verdad. Ella hace tropezar (vea Hechos 4.11-12). ¿Procuramos nosotros agradar a los hombres o a Dios? (Juan 12.42-43; Hechos 5.29). Si no es Jesús quien lo salve, ningún pecador puede ser salvo. Ha llegado la hora de volver a poner la cruz en el cristianismo. «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir» (Juan 12.32-33). Dios mismo... se dio a sí mismo... para salvarnos... de Él mismo!

La semana que transformó a mundo

Mateo 21-27; Marcos 11:15; Lucas 19:29—23:53; Juan 11:55- 19:42
“Después de haberle escarnecido, le quitaron el manto, le pusieron sus vestidos, y le llevaron para crucificarle” (Mateo 27.31

¡Aquella fue la semana de las semanas! ¡La semana cuando Dios (Jesús) murió! La semana cuando se realizó la más grande de las obras de Dios (la cruz) ¡Es abrumadora! Este es nuestro más sublime privilegio: El más grande de los tesoros de Dios es predicado por vasijas de barro (2ª Corintios 4.7).

Los evangelios apenas dan cuenta de poco más de cuarenta días de la vida de Cristo. A pesar de esto, la narración de lo ocurrido en esta semana se permite entrar en detalles relacionados con Sus actividades. Un tercio de los evangelios se centra en esta semana; de ella consiste la mitad del evangelio de Juan. Nos están diciendo que esta semana es trascendental. Durante Su ministerio, Jesús evitó ir a Jerusalén. Ahora, Él afirma Su rostro para ir a Jerusalén (Lucas 9.51). Jesús estaba totalmente al mando; fue a Jerusalén a morir.

¿Qué hizo Jesús? ¡Enseñar y enseñar! Enseñó incluso cuando colgaba de la cruz! ¡La iglesia está aquí para enseñar, enseñar y enseñar! ¡Nunca ha estado tan reducida la enseñanza de la iglesia! En 1985, todos los sermones que prediqué en la iglesia local, fueron sobre Cristo. ¡Ese fue el año en que más críticas recibí por mis prédicas! Los judíos decían estar ansiosos por la venida del Mesías; sin embargo, cuando Este vino, lo crucificaron! No encajó en el concepto que tenían ellos de un Mesías. ¿Encaja Él en el nuestro? ¿Podemos aceptar el Cristo de la Biblia? Jesús se mantuvo enseñando incluso hasta en el momento más cruel de su muerte.

Echemos una mirada a la semana que transformó al mundo. Toda la eternidad se reduce a esta semana.

Domingo...

Día de Aclamación

La unción

(Mateo 26.6—13; Marcos 14.3—9; Juan 12.1—8)

El primer evento del domingo, fue la unción de Jesús. (2) Ocurrió cuando Él se encontraba en Betania, en casa de Simón el leproso: «Y le hicieron allí una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él» (Juan 12.2). A pesar de que había reprendido a Marta en un encuentro anterior, Jesús todavía comía de lo que ella cocinaba (Lucas 10.38—42).

(2) Recuerde que, si bien el día de nuestros calendarios comienza y termina a la media noche, el de los judíos comenzaba a las 6:00 pm. Por lo tanto, el día de la cena que se llevó a cabo en la casa de Simón, fue domingo. Juan dio pistas cronológicas relacionadas con la cena y la unción: Jesús llegó a Betania seis días antes de la pascua (Juan 12.1), y luego la entrada triunfal se realizó al «siguiente día» después de la cena (Juan 12.12).

Durante toda Su vida, Jesús había dado, y no había recibido. Ese día fue diferente. Tal vez es más fácil dar que recibir. Jesús enseñó ambos. María ungió a Jesús con un caro perfume. Este tenía un valor aproximado al del salario de todo un año de un obrero común.

El verdadero carácter de Judas se manifiesta aquí, cuando dijo: «Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?» (Juan 12.4—6). ¡Es asombrosa la libertad con que los apóstoles criticaban y censuraban a Jesús! Al reprender a Jesús lo hacían con severidad, no de una forma agradable.

El costo de tener verdaderos amigos, es elevado. Jesús había resucitado a Su amigo Lázaro (Juan 11). Esa resurrección fue parte de las razones por las que lo crucificaron. No debe sorprendernos que las buenas obras a menudo susciten el odio y la persecución de algunos.

La benevolencia es una bendición para nosotros y para los demás, pero servir a Jesús es aun de mayor trascendencia. Lo que sea que se dé a Jesús por ser Jesús, no puede llamarse «desperdicio». Jesús dejó expuesta la motivación culpable de Judas, cuando alabó la extravagancia amorosa de María. Lo que se da por amor, es considerado demasiado poco.

La entrada triunfal

(Mateo 21.1—11; Marcos 11.1—11; Lucas 19.29—41; Juan 12.12—15)

Jesús jamás había tenido una «fiesta». En vista de que los hombres no se la daban, Él se dio una. Obligó a la gente a tomar una decisión: «O me reciben o me matan!». Estaba preparado para recibir el ataque; organizó «la entrada triunfal.» en su totalidad.

Envió a dos discípulos a conseguir un asno que nunca antes hubiera sido montado. ¡Esto es asombroso! Los granjeros rara vez permitían esto. Luego la gente echó ramas y sus propias vestiduras sobre el camino. ¡Jesús tenía un desfile! La gente gritaba: «Hosanna», que significa: «Salve, nosotros oramos». Esta entrada constituyó el cumplimiento de Zacarías 9:9.

Cuando Jesús llegó a Jerusalén, fue vencido por la emoción: Su corazón estaba destrozado. Lloró sobre Jerusalén (Lucas 19.41). Esto nos enseña que antes de predicar al mundo, es necesario que lloremos sobre él.

Jesús entró en la ciudad cabalgando pacíficamente. A los romanos no les molestó. ¡Qué inconstante que es el ser humano! La multitud del domingo estaba compuesta por galileos, pero la del jueves y el viernes era de judíos. El Príncipe de Paz vino a la ciudad para ser alabado con los «salmos aleluya». (3) No obstante, esto obligó a los fariseos a emprender acciones. Creyeron que el mundo se había ido en pos de Él (Juan 12.19). Los desfiles sirven tanto para los espectadores como para los homenajeados.

3 «Aleluya significa «alabanza». Los salmos aleluya (113—115) se cantaban durante todo el camino, pero se usaban en su totalidad durante las fiestas judías, entre las cuales se incluía la Pascua. (Compare Mateo 21.9 y Salmos 118.26.)

¡Los fariseos estaban horrorizados! Exigieron a Jesús que reprendiera (o mandara a callar) a los discípulos, pero Jesús rehusó hacer tal cosa. Si Sus discípulos no lo alababan, las piedras hubieran clamado (Lucas 19.40). Jesús tuvo Su desfile. ¿Qué haremos nosotros con este?

Lunes ...

Día de Autoridad

Jesús se encontraba ahora en Jerusalén. Jamás pudo ser «Hombre del año» en la portada de una revista, ni recibir el Premio Nobel de la Paz, ¡pero es nuestro Salvador! Cabalgó sobre un asno (símbolo de paz); no sobre un caballo (símbolo de guerra). Desde los tiempos de Salomón, ningún rey había cabalgado sobre un asno.

El asno sobre el cual cabalgó, ni siquiera era Suyo; era prestado. Jesús era un «Rey pobre». Acudió a los súbditos, cuando por lo general eran los súbditos los que acudían a su rey.

Jesús lloró sobre Jerusalén. Había sido la ciudad escogida de Dios. Diez mil recuerdos se desvanecían; el tiempo se estaba acabando. Jerusalén estaba a punto de ser totalmente destruida (67—70 d. C.).

El desfile era monumental, pero debemos ver más allá del desfile. Si bien Jerusalén había rehusado escuchar, ¡el pueblo no podía evitar ver! La cuestión, como siempre, tenía que ver con autoridad. Jesús presentó Sus credenciales.

Jesús maldijo una higuera

(Mateo 21.18—22; Marcos 11.12—14, 20—26)

Jesús tenía hambre. Vio una higuera que tenía hojas, pero se decepcionó al no hallar fruto alguno. Maldijo este árbol para siempre. Esto no es agradable, y este no es el Jesús que la mayoría de nosotros ha formado en su mente. Esta acción es solamente una de dos milagros negativos (destructivos) de Jesús (vea Mateo 8.28—34). Hizo daño a la naturaleza, pero no a la humanidad. Estaba dando una lección ejemplarizante que los apóstoles debían aprender. Se trata del pecado del orgullo; y también de la hipocresía. La higuera se jactaba de tener fruto. Pero no lo tenía. Los dirigentes judíos afirmaban ser de Dios. Pero no lo eran. Los judíos debían haber sido humildes por el hecho de haber sido llamados por Dios. En lugar de esto, se creyeron superiores, se creyeron invencibles.

Pedro se asombró de la repentina muerte de aquella higuera. Nosotros deberíamos asombrarnos con Pedro y los demás apóstoles. Habían visto a Jesús andar sobre el agua, sanar a los enfermos y levantar a los muertos, ¡y todavía les causaba asombro ver marchitarse una higuera! ¿Cuán ciegos podemos ser?

Jesús purificó el templo

(Mateo 21.12—15; Marcos 11.15—19; Lucas 19.45—48)

Jesús fue directo al templo. Sin presentarse, comenzó a enseñar. Además, sanaba a los ciegos y a los cojos. Los principales sacerdotes y los escribas veían las maravillas que Él hacía (Mateo 21.15). El área del templo había de ser reverenciada. ¡Qué gran irrespeto con que se le trataba! La gente la estaba usando como un atajo para entrar por Jerusalén.

Cuando purificó el templo, Jesús no atacó a los hombres, sino que los echó de allí, puso en orden el mobiliario y citó la Biblia, diciendo: «Mi casa, casa de oración será llamada». Y agregó: «... mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (Mateo 21.13; vea Jeremías 7.11). No era un cobarde que se amedrentara. Era «hombre entre los hombres». No solo era fuerte físicamente, sino que también usaba poderosamente las Escrituras. Su discurso era severo, pero decía la verdad.

Jesús siguió Sus enseñanzas

(Juan 12.20—50)

En medio de todo esto, una delegación de griegos se presentó, con la petición de ver a Jesús (Juan 12.20). ¡Mientras los judíos procuraban matarlo, los griegos procuraban oírlo! Felipe era el que siempre estaba llevando a alguien a Jesús. Haciéndose acompañar de Andrés, se acercó a Jesús. Jesús sabía que «Su hora» había llegado, y a pesar de esto seguía enseñando profundas verdades. Enseñó que la semilla debía morir para vivir y que aquellos que amaran su vida la perderían (Juan 12.21—26). Luego Jesús añadió: «Padre, glorifica tu nombre». Cuando esta petición se respondió, fue la tercera vez en la vida de Cristo, que el cielo habló (Juan 12.28). Para algunos sonó como un trueno, pero para Jesús fue un anuncio de victoria. Satanás estaba a punto de ser echado. Jesús declaró: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12.32).

Esta verdad fue enseñada a los judíos, no a los griegos. A pesar de esta gloriosa enseñanza acompañada de milagros, los fariseos rehusaron creer. Jesús concluyó diciendo: «Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios» (Juan 12.42—43).

Martes ...

Día de Actividad

De los días que consignan las Escrituras, el martes fue el más ajetreado de la vida de Cristo. Cuando Jesús purificó el templo, el lo constituyó un golpe para el bolsillo de los dirigentes judíos. Esto atrajo la atención de ellos. Los judíos tenían que pagar el impuesto del templo con el siclo hebreo. Los que venían a Jerusalén tenían que convertir a siclos sus denarios romanos o sus dracmas griegos, con el fin de pagar el impuesto. Los cambistas de moneda cobraban una exorbitante comisión. Constituían una «cueva de ladrones», que operaba incluso dentro de la «iglesia».

Ellos se enojaron con Jesús y preguntaron: «Quién te dio autoridad?»; «Quién eres?»; «Quién te crees?».

Creyeron que podían echar rápidamente a este galileo de la ciudad. Si Él respondía: «Dios», perdía; si respondía: «El hombre» también perdía. Sin embargo, Jesús dio vuelta a la situación, preguntando: «De dónde obtuvo Juan el Bautista su autoridad?». Jesús respondió al fuego con fuego. Ellos rehusaron contestar. Y Él también rehusó! (Mateo 21.23—27; Marcos 11.27—33; Lucas 20.1—8). Los dirigentes judíos trataron de rebajar a Jesús, diciéndole: «Dónde están tus credenciales? No eres sacerdote, ni rabino ordenado, ni graduado del Seminario de Jerusalén». Sin embargo, Él era «el Gran Polemista». Hizo ver la necedad de ellos.

Jesús enseñó tres parábolas en este contexto. Los apóstoles preguntaron a Jesús por qué Él hacía así y lo que significaba (Mateo 13.10, 36). Esta forma de enseñar, alejaba de entre Sus seguidores a los que únicamente les motivaba curiosidad. Las parábolas no son «historias de niños». Las parábolas lo llevan

amablemente a uno a reconocer su culpa. Con sentido de urgencia, Jesús predicó con todo Su corazón. Presentó la parábola de los dos hijos (Mateo 21 .28—32). Los publicanos y las ramerar entrarán a la presencia de Dios, mientras que algunos que acostumbran ir a la iglesia no entrarán. No fueron [os publicanos y las ramerar los que crucificaron a Jesús. Esto fue algo que hizo Israel, la nación de Dios. Esta era Jerusalén, la ciudad de Dios. En ella estaba el templo de Dios, pero en ella Jesús pronto sería crucificado. Es asombroso observar cuán crueles, ciegos, orgullosos y prejuiciados pueden volverse los fanáticos de una religión. Después, Jesús contó la parábola de los inquilinos malvados que mataron al hijo del dueño de la hacienda (Mateo 21.33—41; Marcos 12.1—12; Lucas 20.9—19). Habló de la piedra que podía haber salvado a Israel, pero que fue desechada. Los dirigentes sabían que Jesús estaba hablando directamente a ellos. Les contó la parábola de la fiesta de bodas (Mateo 22.2—14). Los parientes y los amigos, no solo rechazaron la invitación, sino que incluso se aprovecharon de la ocasión para jugar de asesinos. El rey que llevaba a cabo las bodas para su hijo, se enfureció y dijo: «Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis» (Mateo 22.9). Cuando los privilegiados prefirieron quedar fuera, la gente común fue invitada. No es de extrañar que la gente común oyó a Jesús con alegría (Marcos 12.37).

Luego los fariseos y los herodianos se aliaron para enredar a Jesús en Sus propias palabras. Los fariseos aborrecían a los herodianos y los consideraban traidores, pero aborrecían más a Jesús. La siguiente pregunta tramposa fue planteada: «Y qué del impuesto del censo?». Jesús, con una moneda en la mano, dijo: «Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios» (Mateo 22.21). Esto los asombró al punto que no pudieron decir nada. Luego los saduceos salieron con una tontería. Jesús ni siquiera fue amable con ellos. Les dijo: «Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios» (Mateo 22.29—34). Los insistentes fariseos volvieron con un intérprete de la Ley, que preguntó: «... ¿cuál es el gran mandamiento ...?». Jesús respondió: «Amarás al Señor primero», y luego añadió el segundo más grande: «Amarás a tu prójimo». Luego, Jesús les preguntó quién era realmente el Mesías. Ellos no dieron respuesta alguna; en ese momento se acabaron los debates.

Después de todo lo anterior, predicó el sermón más mordaz de las Escrituras (Mateo 23). Sabemos que se encuentra en la Biblia, pero por lo general no lo relacionamos con la cruz. Llamó «víboras», «guías ciegos» e «hipócritas» a los dirigentes judíos. Pronunció siete ayes, en los cuales los calificó de «necios». Esto fue lo que preguntó: «Cómo escaparéis de la condenación del infierno?». Luego clañó: «Jerusalén, Jerusalén...!» (Mateo 23.37; Lucas 13.34).

Cuando se alejaban del templo, los discípulos hicieron preguntas a Jesús: «... ¿cuándo serán estas cosas, y qué señales habrá de tu venida, y del fin del siglo?». Jesús respondió estas preguntas en Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21, Todavía estaba enseñando, enseñando y enseñando. Es en este contexto que se presenta la «viuda “de las” dos blancas» (Marcos 12.41—44). En medio de toda la

hipocresía, Dios envió a esta humilde viuda para recordarle a Su Hijo quién era Él y lo que había venido a hacer. Qué gran Dios!

¡Problemas! A pesar de las multitudes y de los críticos, Jesús enseñó a Sus discípulos tres profundas parábolas: la parábola de las diez vírgenes, la parábola de los talentos y la parábola de las cabras y las ovejas (Mateo 25.1—30). Ningún hombre predicó alguna vez como lo hizo Jesús aquel día, pero Sus oyentes estaban sordos. ¡Qué día!

Miércoles...

Un día sin Actividad

Después de las guerras argumentativas del martes, Dios dio un día de asueto a Jesús. Desapareció. No sabemos dónde estuvo, ni con quién pasó ese día, ni lo que hizo. ¡Es un silencio que retumba! Los fariseos se habían regocijado de que los saduceos habían sido aplastados por Jesús, pero el ánimo de ellos pronto se tomó en aborrecimiento, cuando Jesús los dejó callados. Jesús era «e] Gran Polemista». Esta fue la conclusión a la cual llegaron Sus enemigos: «Corno no podemos responderle, debemos matarlo».

Puede que Jesús no hubiera estado ocupado ese día, pero Judas sí lo estuvo. Su traición no fue el resultado de un impulso; fue deliberada. El Sanedrín también estuvo ocupado: ese día sesionó en secreto. Satanás, también, estuvo ocupado. Tuvo éxito al matar a Jesús, pero esa «victoria» fue la derrota eterna para él. El miércoles fue la calma antes de la tormenta. ¿No diría usted que Jesús pasó ese día con Dios?

Jueves ...

Día de Acción

Jesús despertó el jueves para no volver a dormir. Había llegado la «hora». Después de la tregua del miércoles, Jesús reanudó Su marcha hacia la cruz. Estaba totalmente al mando. Otros creían que eran ellos los que estaban al mando, pero no lo estaban. Jesús inició e hizo suceder el evento de la cruz. Estaba resuelto, pero no tenía prisa.

El objetivo de este día era preparar la comida de la Pascua (Mateo 26:17—19; Marcos 14:12—16; Lucas 22:7—13). Jesús dijo a Sus discípulos que hallaran y siguieran a cierto hombre que llevaba un cántaro de agua. ¡Esto es fascinante! Sería el único varón de toda Jerusalén que haría tal cosa, pues este era «trabajo de mujeres». Los apóstoles hicieron como Jesús dijo. Fue hallado un aposento preparado. ¡Considere cuán maravilloso es esto! Necesitaban un aposento grande. La Pascua era para un grupo. Jerusalén estaba atestada de gente. No podía haber aposentos vacantes. Este aposento no solo estaba vacante, ¡sino que también estaba preparado! ¿Cómo pudo haber sido? ¡La providencia de Dios es

sobrecogedora! Dios está activo en nuestras vidas. Él puede hacer posible lo imposible.

Jesús tenía un fervoroso interés en comer esta Pascua con los apóstoles (Lucas 22.14—16). Hay varias razones que se podrían dar:

- 1) Jesús anunció esto en referencia al sufrimiento que tendría. Deseaba y necesitaba la compañía de ellos.
- 2) Esta había de ser la última cena pascual de Dios, pues Jesús clavó en la cruz la ley de Moisés (Colosenses 2.14). Lo que Dios había dado, ahora Él quitaba.
- 3) Jesús es ahora nuestra continua Pascua (1ª Corintios 5.7). 4) En esta situación, Jesús daba comienzo a Su Cena.

Hay dos cosas que llaman nuestra atención: la autoridad de las Escrituras y la obediencia de Jesús. ¡Jesús guardó la ley de Dios! El nació, vivió y murió bajo la Ley. Él obedeció la ley al pie de la letra y con el espíritu debido (Mateo 5.17—20). No devalúe usted las Escrituras. Opóngase a ¡os los falsos maestros y a las falsas enseñanzas.

Llegamos ahora al jueves por la noche, el viernes judío. Cuando Jesús estaba a punto de morir, los apóstoles disputaron sobre quién sería el mayor (Lucas 22.24—30; vea Juan 13.1—20). ¿Estaría Judas implicado en esto? Este había encabezado la protesta en contra de María y la unción (Juan 12.1—8). Fue reprendido por ello.

Todo grupo debe tener dirigente o dirigentes. Alguien tiene que asumir responsabilidad. Jesús designó a Pedro, a Jacobo y a Juan. ¿Había resentimientos, celos o luchas por el poder? Judas, como tesorero que era, tal vez tenía alguna influencia. Es obvio que le afectaban el poder y el control.

La traición de Judas no fue una decisión impulsiva. El puesto que ocupaban a la mesa, pudo haber provocado el arrebato, pero el problema era mucho más grande. Jesús había enseñado en contra de la forma como los paganos idolatraban el poder, diciendo: «Mas entre vosotros no será así...» (Mateo 20.20—28; vea Lucas 22.24—27). Jacobo y Juan (acompañados de su madre) habían hecho una petición especial de privilegio y de poder. Jesús habló bastante acerca de procurar «a empujones» los principales asientos (vea Mateo 23.6—12; Marcos 12.38—40). Tenemos el mismo problema de ellos.

¿Cómo manejó Jesús este asunto? No les gritó, ni los amenazó, ni los regañó con aspereza. De haber estado yo en la situación de Jesús, hubiera orado a Dios, diciendo: «Necesito todo un nuevo grupo de discípulos!». En lugar de hacer lo anterior, ¡Él serenamente enseñó y enseñó! Tomó una toalla y lavó los pies de ellos (vea Juan 13.1—15). El silencio era ensordecedor. Fue roto por el arrebato de Pedro, cuando dijo: «No me lavarás los pies jamás». Con firmeza, y sin dejar de ser amable, Jesús hizo que Pedro guardara silencio. El Hijo de Dios edificó Su iglesia con una toalla. Se declaró a sí mismo «el Siervo» (vea Lucas 22.27). Luego

comenzó la primera de muchas advertencias para Sus apóstoles, pero estas no tuvieron éxito. Es más fácil lavar pies que ser lavado. Jesús lavó los pies de los que estaban presentes, entre los cuales habrían estado los pies de Judas. ¿Podría este acto haber llevado a Judas a cruzar la línea?

En la cena de la Pascua, Jesús anunció la traición que se acercaba. Debido a lo que ahora sabemos, podríamos creer que Judas era el elegido por unanimidad para que fuera el traidor; pero no era así. Los apóstoles no creyeron que entre ellos hubiera otro que traicionaría al Señor... sino que cada uno se consideró a sí mismo como el posible traidor (Mateo 26.21—25; Marcos 14.18—21; Lucas 22.21—23; Juan 13.21—30). Judas preguntó, diciendo: ¿Seré yo? (Mateo 26.25; Juan 13.26—27). Jesús le pasó el pan mojado. Es asombroso que los demás apóstoles se perdieron este detalle en su totalidad. ¡Judas sabía que Jesús sabía! Hace varios años, Reuel Lemmons predicó un provocativo sermón que llevaba por título «Y era ya de noche», basado en Juan 13.30, que dice: «Cuando [Judas], pues, hubo tomado el bocado, luego salió; y era ya de noche». Dios es luz; el pecado es tinieblas. Judas dejó la luz para entrar en las tinieblas. La entrada de Satanás en Judas no fue mística ni sobrenatural. Judas le permitió entrar y le dio la bienvenida. *No deje usted la luz jmm en para entrar en las tinieblas.*

Después que Jesús despidió a Judas, Él instituyó Su Cena... la Cena del Señor (Mateo 26.26—29; Marcos 14.22—25; Lucas 22.17—20; 1ª Corintios 10.16—21; 11.23—30). Juan 6.48—60 no es una referencia a la Cena del Señor, pero es verdad doctrinal. Para ser salvos, nosotros debernos ingerir a Cristo, esto es, Su vida, Su doctrina y Su salvación. La Cena del Señor fue iniciada en una asamblea. La iglesia primitiva se reunía para participar de ella (Hechos 20.7; 1ª Corintios 10—11). La adoración neotestamentaria, se gloria de su sencillez: el pan y la copa. Cuando Jesús marchaba hacia Su muerte, Él enseñó, enseñó y enseñó. Juan 14 fue presentado en el «aposento alto». Juan 15 y 16 se presentaron cuando Jesús se trasladaba a Getsemaní. Judas salió antes que Jesús dijera lo consignado en Juan 13.34—35: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros». El pecado causa un daño catastrófico; parte de la tragedia reside en lo que uno se pierde. ¡Judas se perdió de tanto! Jamás vio al Señor resucitado.

La atención de Jesús se centró después en Pedro, quien juró lealtad ilimitada. El Maestro declaró que antes que el gallo cantara, Pedro lo negaría tres veces (Mateo 26.33—35; Juan 13.36—38). Lucas provee más detalles (22.31—34). Satanás quería a Pedro, pero Jesús dijo que Él oraba por el apóstol. ¿Había orado Jesús igualmente por Judas?

Viernes ...

Día de Angustia

Fue una larga noche. Jesús pasó el torrente de Cedrón y se dirigió a Getsemaní. Es poco lo que se sabe acerca de dónde, cuándo y cómo pronunció Jesús «La

Oración Sumo Sacerdotal», la verdadera «Oración del Señor» (Juan 17). ¡Es probable que esta sea la oración más grande que Él alguna vez pronunció! ¡Oró por Sus apóstoles, por si mismo y por nosotros!

¡Getsemani! Esta oración es la más difícil que alguna vez se pronunció. La especie humana en su totalidad estaba en juego. La decisión de Jesús fue tomada en Getsemaní, no en el Gólgota. Aquí fue donde Dios dijo no y Jesús dijo sí (Mateo 26.36—46; Marcos 14.32—42; Lucas 22.40—46). Hubo más dolor en Getsemaní que en el Calvario. Fue en Getsemaní donde cayó el «sudor [que era] como grandes gotas de sangre» (Lucas 22.44). Fue en este huerto donde Jesús se angustió «hasta la muerte». Ningún hombre padeció alguna vez lo que Jesús sufrió en ese momento. La más grande batalla en la que Él combatió, fue en oración. Este fue el «Lugar Santísimo» de la vida de Cristo. Su última enseñanza terminó en oración.

Jesús dejó atrás a ocho de los apóstoles, al ir más adelante en el huerto tomando a Pedro, a Jacobo y a Juan.

Luego dejó a estos tres con el mandamiento de «velar y orar» (Mateo 26.41). Se postró sobre Su rostro, pegó Su nariz al suelo, para expresar la misma oración tres veces:

«... pase de mí esta copa» (Mateo 26.39; Marcos 14.36; Lucas 22.42). Los críticos se abalanzan sobre esta oración, insinuando que expresa falta de valentía, tal vez algo de cobardía. ¡Esto es blasfemia! ¡Entraría en contradicción con todo lo que Jesús es! Había ido demasiado lejos para rendirse ahora. Jesús no era cobarde. No temía a la muerte, ni al dolor, ni a la cruz. No estaba pidiendo a Dios que suspendiera la cruz y la sustituyera por otra cosa. Esta cruz era el propósito eterno de Dios. Él no estaba orquestando drama, ni misticismo, ni magia, ni novedad. Estaba angustiado hasta la muerte. Su sudor era en efecto como grandes gotas de sangre.

¿Qué era la «copa»? La batalla de toda la eternidad había de pelearse entre Dios y Satanás. El ganador se lo llevaría todo. La humanidad estaba en juego. ¡Jesús peleó para vencer a Satanás, el pecado, la muerte y el infierno... y lo hizo solo! Sobre la cruz, Él clamó, diciendo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mateo 27.46; Marcos 15.34)

- 1) Fue hecho lo que Dios aborrecía: pecado.
- 2) La ira eterna de un Dios santo fue derramada sobre Él.
- 3) Este fue el único momento de toda la eternidad en que Dios el Padre y Cristo el Hijo estuvieron separados.

¡Horror de horrores! No era el deseo de Jesús que se le dejara fuera de este plan para salvar a la humanidad. Él jamás fue arrogante en Su humanidad. Dios respondió de inmediato la oración de Jesús. Un ángel vino para fortalecerlo (Lucas 22.43). ¿Un ángel? ¿Uno solo? Dios envió dos ángeles a María Magdalena y a las mujeres que estuvieron junto al sepulcro vacío (Lucas 24.1—7). Jesús podía haber llamado doce legiones de ángeles (Mateo 26.53). ¿Y solamente obtuvo uno? Un

milagro sobrenatural no podía tomar el lugar de la responsabilidad humana. Nadie más que Jesús sabía que «... el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil» (Mateo 26.41; Marcos 14.38). Solamente en la condición de ser humano, podía el hombre pecador ser salvo. La cruz no constituye beneficio alguno para ángeles caídos. Jesús fue hasta donde ningún hombre podía ir; El, siendo hombre, hizo lo que ningún hombre podía hacer: «... en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente» (Hebreos 5.7).

Incluso la cruz no se manifestó la ansiedad de Getsemaní. Este fue el único momento de las Escrituras en que Jesús llamó «Abba» a Dios (Marcos 14:36; «Abba» es la forma aramea de un apelativo parecido a «Papito»). En Getsemaní, Jesús no se escondió, ni corrió y ni siquiera peleó... simplemente oró. En el atletismo, la competencia se gana con preparación... decisión..., compromiso. Jesús ganó la batalla en Getsemaní. La gran decisión debe tomarse antes que Satanás aparezca.

La turba, con Judas al frente, llegó. Los hombres que forman parte de una turba, pierden su individualidad. El odio no da cabida al pensamiento. La turba armada estaba- asustada, asustada hasta la muerte, de Jesús. No negaban ni dudaban de que Jesús hubiera levantado a Lázaro de entre los muertos. De hecho, contemplaban la posibilidad de matar a este también (Joan 12.10). Judas era la solución de ellos; este les dio una oportunidad para realizar la tarea (Marcos 14.10—11; Lucas 22.3—5). Judas conocía dónde se encontraba Jesús y lo que Este estaba haciendo (orando), pero no conocía a Jesús. Sin embargo, todavía le llamaba «Rabí» (Mateo 26.49). Todavía le llamaba «amigo» (Mateo 26.50). ¿Era esto sarcasmo? Es probable que no. ¿Contribuyó esto a que Judas sintiera remordimiento? Es probable que sí. John MacArthur dijo que Judas «tenía el comportamiento de un santo, pero el corazón de un pecador» (4).

(4) John MacArthur, "Unmasking the Betraver" («El traidor es desenmascarado»), en "Table Talks with Jesus" series (serie de «Charlas de mesa con Jesús»), The John MacArthur Collection, ©1983 por John F. MacArthur, Jr. (<http://www.biblebb.com/mac-h-z.htm> Internet; consultado el 17 de noviembre de 2006).

Pedro, asustado, recurrió a la violencia. ¿Puede uno cambiar una idea con un garrote? Cuando Jesús tomó de Pedro la espada, este se derrumbó como una tienda de campaña. Se calentó junto al «fuego del diablo» (vea Marcos 14.54; Juan 18.18, 25). Al hacer así, Pedro se colocaba más cerca del enemigo que de Cristo. ¡Tenga cuidado de no hacer esto! Siempre tenga cuidado de dónde se encuentra y con quién pasa su tiempo. En rápida sucesión, Pedro negó a Jesús tres veces. Luego el gallo cantó. Judas lo traicionó, Pedro lo negó, los apóstoles se dispersaron, Satanás se regocijó y el gallo cantó. Después Jesús fue llevado de Anás a Caifás, al Sanedrín, a Pilato, a Herodes y de vuelta a Pilato. Pedro lloró (Mateo 26.75).

Debemos examinar la grave situación de Judas, para no cometer el mismo pecado de él (Mateo 27.3—10). Devolvió el dinero (treinta piezas de plata); era inútil para él. El traidor tenía el remordimiento que proviene del orgullo, pero no el arrepentimiento que proviene de la humildad. Cometió suicidio.

Los gobernantes judíos eran capaces de crucificar al Hijo de Dios, pero se consideraban demasiado limpios para tocar «dinero de sangre». Judas pudo ver su error, pero no pudo ver a su Salvador. Nadie desprecia a un traidor como aquellos que lo han usado.

Judas se ahorcó. Ni siquiera hubo quien lo bajara (Hechos 1.15—26). Las consecuencias del pecado son terribles. El traidor «cayó [...] para irse a su propio Lugar» (Hechos 1.25) y jamás se le vuelve a mencionar en las Escrituras. ¡Nunca debió haber nacido!

Jesús estuvo en la cruz seis horas antes de morir: desde las 9 am. hasta las 3 pm. Los capítulos 3 y cuatro están dedicados a estas seis horas. Él no tuvo honras fúnebres que hubieran sido planeadas de antemano. Tampoco tuvo la oportunidad de ser sepultado por Sus familiares o por Sus apóstoles. ¡Pero la providencia de Dios es maravillosa! ¡Murió como mendigo, pero fue sepultado como rey! José de Arimatea y Nicodemo, asistidos por las mujeres, envolvieron el cuerpo de Jesús en lienzos y costosas especias aromáticas y lo pusieron en un sepulcro nuevo (Mateo 27.57—61; Marcos 15.42—47; Lucas 23.50—56; Juan 19.38—42). Dios cuida de los Suyos! ¿Qué sucedió después a José y a Nicodemo? Nadie lo sabe, sin embargo, ¡estamos agradecidos con ellos! Hay quienes hacen más por una causa perdida que por una esperanza viva. Es más fácil enterrar a los muertos que obedecer al Señor viviente.

Uno solo entierra a los que están muertos. Pilato, José, Nicodemo y las mujeres, sabían que Jesús estaba muerto. El hecho más simple y más certificado acerca de Jesús, es Su muerte.

Sábado ...

Día de Ausencia

Si Satanás alguna vez tuvo un banquete, este fue realizado el día sábado de aquella Pascua cuando Jesús era cadáver. La resurrección de Jesús es la piedra de tropiezo de los partidarios de guardar el día sábado.

Domingo ...

Día de Apariciones

El domingo el sepulcro estaba vacío. Un ángel preguntó: «Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado» (Lucas 24.5; 6a). Si el sepulcro no hubiera estado vacío, el mundo jamás hubiera oído de Jesús.

Apareció primero a María Magdalena, una mujer (Marcos 16.1—9; Juan 201—18). Luego apareció a las demás mujeres (Mateo 28.1—8; Lucas 24.1—11) y a los hombres que viajaban sobre el camino a Emaús (Lucas 24.13—33). También apareció a Pedro (Lucas 24.34) y a los once (Tomás no estaba) (Juan 2019—25). Esta fue la semana que transformó al mundo! ¡Esta fue la semana que me transformó a mí!

La cruz... ¡No queda otro camino!

PREGUNTAS PARA ESTUDIO Y ANÁLISIS

1. ¿Por qué se dice que «si la cruz no importara, entonces nada importaría»?
2. ¿Por qué es importante que entendamos el «tropiezo» de la cruz? ¿En qué sentido causa tropiezo la cruz?
3. Dé razones por las que los evangelios ponen tanto énfasis en la última semana de la vida de Jesús.
4. ¿Cómo promocionó la entrada triunfal el plan de Jesús?
5. ¿Por qué tuvieron problemas algunos para aceptar la purificación del templo? ¿Por qué es trascendental este evento?
6. Comente las polémicas que tuvo Jesús con los dirigentes religiosos.
7. ¿Cuáles parábolas enseñó Jesús el martes de Su última semana? ¿Cuál era el significado de estas parábolas?
8. ¿Por qué era tan importante para Jesús esta fiesta de la Pascua? ¿Qué tenía Cristo mente? ¿Qué tenían los apóstoles en mente?
9. Judas dejó la luz a cambio de las tinieblas; fue vencido por las tinieblas. Comente la luz y las tinieblas en su vida espiritual.
10. ¿Qué nos enseña Getsemaní acerca de estar comprometidos con Dios?
11. Comente sobre la brevedad de los detalles relacionados con la crucifixión.
12. ¿Qué significa para nosotros la resurrección?